

PREMIO ESTATAL DE CUENTO
"BEATRIZ ESPEJO" 2015

A PROPÓSITO DE SAN JUAN Y OTRAS MINIATURAS



Marti Lelis

A PROPÓSITO DE SAN JUAN Y OTRAS MINIATURAS

Marti Lelis

A propósito de San Juan y otras miniaturas obtuvo el Premio Estatal de Cuento “Beatriz Espejo” 2015. Con un jurado integrado por Eduardo Langagne, Otto Minera y Joel Flores Lechuga.

Tlaxcala, México 2016

Premio Estatal de Cuento "Beatriz Espejo" 2015
D.R. Instituto Tlaxcalteca de la Cultura
Primera edición, diciembre del 2016

SECRETARÍA DE CULTURA FEDERAL

Rafael Tovar y de Teresa
Secretario de Cultura

Antonio Crestani
Director de Vinculación Cultural

Para Lucy y Leo

GOBIERNO DEL ESTADO DE TLAXCALA

Mariano González Zarur
Gobernador del Estado

Willebaldo Herrera Téllez
Director General del ITC

Luz Estela Hernández Téllez
Jefa de Patrimonio Cultural del ITC

Instituto Tlaxcalteca de la Cultura
Av. Juárez No. 62, Centro, 90000
Tlaxcala, Tlax., México.

Diseño editorial: Eliza Chavero

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Marti Lelis y las miniaturas textuales	7
El escritor	11
El más grande matador del mundo	12
Discurso amoroso del cautivo	13
Viñetas para urna griega	14
Noche de bodas	15
Café Circe	16
Nafragios	17
El perfil de los guerreros	18
La zafra	19
Historia de una taza	20
Historia de Bicho	21
Si mil Ares similares...	22
Prosperidad	23
Magali Sombra	24
En las sombras	26
Bovary en el estante	28
Viñeta en gris con tinte rojo	29
El gato y el tornillo	31
Viajes	32
Revólver	33
Caballerías	34
Aventuras de un capturista	35
Días de guerra	36
Los aprendices	37

Polar	38
La imaginación	39
Manuscrito en una botella	41
Ranas	42
Entropía	44
Nafragio para hojarasca y paloma muerta	45
Haz lo que vieres	46
Ventanas.	48
Sicario.	49
A primera vista	50
Historia de Renato	52
Atardeceres	54
Nadie	55
El treinta y siete.	57
Inundación	59
Las campanas de San Juan	61
El armario	63
Milagro para dos cabezas	64

MARTI LELIS Y LAS MINIATURAS TEXTUALES

Vivimos tiempos frenéticos, ágiles, las cosas suceden y pasan de manera rápida, casi no hay espacio para la reflexión, los momentos de calma y tranquilidad cada vez se escamotean más para nuestro atribulado deambular terrenal. Los medios audiovisuales y cibernéticos son preferidos por amplios sectores sociales, sobre todo por los jóvenes; su poder de influencia es innegable, su preponderancia no se escatima y su estrategia ilusoria informativa pareciera irrefrenable.

En este panorama la brevedad literaria ha reclamado su presencia y reconocimiento, tanto en la arena creativa como en el foro de la crítica especializada. La brevedad textual pareciera estar acorde con los escenarios vertiginosos de la posmodernidad. Las formas escriturales electrónicas actuales nos demandan concreción sintáctica, oportunidad informativa, dinamismo expresivo y lúdico en gran medida; escritura e imagen visual se combinan para generar los mensajes comunicativos propios de la época. La vida es breve y pasa rápido. En este marco, la ficción escritural minimalista ha encontrado su zona de reto y de continuo cambio. A lo largo del siglo XX las narraciones literarias breves, parcas, concisas -no exentas en muchos casos- de simbolismo y fuerte composición metafórica- han recibido variedad de nominaciones: cuento breve, cuento corto,

cuento brevísimo, minicuento, narración breve, aforismo, viñeta, metaficción, minificción, microrrelato y... nos podemos quedar cortos.

De la misma manera, escritores que ya forman legión en el mundo de las letras iberoamericanas crean un universo literario acorde con los tiempos contemporáneos, han encontrado además medios impresos (revistas, editoriales especializadas, concursos) y electrónicos (blogs, talleres, muros) que les permite difundir su obra entre lectores nuevos o “avisados”.

Destacados narradores como Rulfo, Arreola, Valadés, Monterroso, Samperio, Avilés Fabila, por sólo mencionar unos cuantos en el panorama de las letras mexicanas, han trabajado y experimentado con este tipo de textos de manera sobresaliente, aunque a nivel de género sus obras estén catalogadas en algunos casos como novelas o relatos cortos. Cada una de estas formas estilísticas requiere de un análisis no sé si minimalista pero sí minucioso. Las reflexiones en torno a ellas se incrementan en diferentes foros exclusivos, por varios estudiosos, entre ellos cabe señalar a Lauro Zavala quien ha dedicado gran parte de sus ensayos a diseccionar y encontrar parámetros para hincarle el diente a los textos desmesuradamente breves.

Zavala pone en el mapa de la discusión una distinción esclarecedora: “... la minificción –señala– propone una serie de estrategias para una relectura irónica o poética de la tradición literaria y extraliteraria”¹ a diferencia del mini-

¹ Zavala, L. “Algunas hipótesis sobre el boom de la minificción en His-

cuento que se limita a contar una historia en pocas líneas de manera secuencial, con un final epifánico, anafórico y concluyente; agrega que “en cambio la minificción tiende a ser lúdica, alegórica e intensamente intertextual”².

Precisamente dentro de esta galaxia discursiva se ubica la obra *A propósito de San Juan y otras miniaturas* del escritor Marti Lelis. Las brevedades textuales del narrador cabalgan cómodamente entre la variedad señalada líneas arriba: minicuentos (“La zafra”, “Historia de una taza”) metaficciones (“Discurso amoroso del cautivo”, “Noche de bodas”), minificciones (“Si mil Ares similares...”, “Entropía”, “El perfil de los guerreros”), viñetas, junto con los sanjuaninos, habitan un territorio altamente ficcional donde los ambientes se delinean en expresiones poéticas, los personajes apenas son un esbozo accional que, sin embargo, intuimos, cargan profundas huellas emotivas; el fino humor se manifiesta en una tenue ironía; los hechos pasan, a veces, como un fugaz instante que el esteta transforma en quietud, sin embargo es claro que el instante pertenece a una secuencia que adivinamos cíclica o lineal en el devenir existencial, pero al fin y al cabo tortuoso, sin futuro. Personajes, hechos, mitos del mundo clásico o del pasado prehispánico o colonial aparecen reinterpretados, una tarántula, una taza un videojuego o un bicéfalo circense son de igual manera

panoamérica”, en *Ensayos de minificción*, Ángel Acosta (comp.), UNAM, México, 2011, p 35.

² *Ibidem*.

asaltados por la imaginación del escritor para compartírnos los asombros sanjuaninos.

Marti Lelis no es un improvisado en el oficio de la escritura, atrás están tres décadas de trabajo con la palabra; algunos de sus minicuentos han sido recogidos en antologías y suplementos periodísticos. Su paso con los navegantes de Ficticia, aparece claro en su prosa pulcra, cuidadosamente elaborada, tallereada, sí, pero sin perder el sentido de los hechos narrados, sin menoscabo de compartir la emoción del cuento de nunca acabar porque sus miniaturas nos atrapan, nos sorprenden, nos desconciertan pero nunca nos dejan indiferentes. El lector avisado y avisado encontrará en A propósito de San Juan y otras miniaturas una variedad amplia de miniaturas minuciosamente microelaboradas en una minimalia propia de los vertiginosos tiempos contemporáneos y de una inigualable imaginación.

Joel Dávila Gutiérrez

EL ESCRITOR

Cuando llegó a la librería, todos los ejemplares habían sido vendidos. Incrédulo buscó en otra, y luego en otra, y en una librería más. La misma respuesta: “Ese título está agotado, señor”. Una alegría inmensa lo embargó; no sabía qué hacer primero, si llorar, gritar o salir corriendo a contárselo al primero que encontrara. En ese momento, con los pies metidos en el lodo, alzando el rostro al cielo, de su garganta emergió un grito primigenio, de una pureza y resonancia desoladoras; un grito, vaya, capaz de despertar a cualquiera.

EL MÁS GRANDE MATADOR DEL MUNDO

Desde un principio tuvo la fama segura: toda vez que hollaba el redondel, y en especial cuando blandía el acero, emergían ante su vista alucinada los marmóreos muros del infausto laberinto.

DISCURSO AMOROSO DEL CAUTIVO

Te miro. Miro que me miras y en tus ojos se pierden los míos, ondulan, se entusiasman con la débil sospecha, apenas un pequeño brillo pudoroso que de inmediato conviertes en recelo. Sonríes y me cautivas, y por lo mismo te cautivo. Ya no basta el resplandor de tus caireles ni los intentos medrosos por hacer tuya mi cara. No veo el cuerpo que ocultas a mi vista; apenas me regalas un hombro desnudo y visiones fugaces, como un sueño, de tus manos blancas. Ansío el abrazo de tu pasión jamás estrenada, y aborrezco el desdén con que me tratas. Y si tocaras mis ojos, la humedad que los perturba, quizá pudiese ofrecerte un más allá florido y puro, un murmullo perpetuo de aguas mansas, un botón para que en mí germine y rindas los pétalos mullidos de tu aún infancia. ¿Cuánto más? ¿Cuánto tiempo más me dejarás con los brazos abiertos y el cuerpo temblando, regocijado en humedades profundas de reflejos cristalinos? ¿Cuánto más, mi fiel Narciso?

VIÑETAS PARA URNA GRIEGA

I

Por encima de los hombros de las doctas hijas de la musa, se deslizan a lo lejos los trirremes: van dejando espuma como nubes en la esfera de los hombres, confusión altísima de mar y cielo. Una carroña de viajeros infelices —ora mechones de pelo, ya jirones de piel marchita— abona los macizos de asfódelos. Hay escarabajos que devoran la médula tibia de los huesos.

II

Han visto pasar la embarcación con un hombre atado al mástil: lanzaba espumarajos a los sordos que anudaban más sus ataduras.

III

Ahora, ya lejos de los cantos, siente la humedad en la entrepierna y se cree libre del nepente, mas lleva de Penélope la figura fantasmal ante sus ojos y en el pecho el designio de la muerte.

NOCHE DE BODAS

Galatea lloraba entre las sábanas; intrigado, Pigmalión le preguntó el motivo.

—No es nada, querido—respondió ruborizada—. Es sólo que no me explico por qué tengo los pies helados.

La miró con ternura, se arrodilló frente a la cama y, tomando sus pies entre las manos, le dijo:

—Te voy a contar una historia. Había una vez un hombre enamorado...

CAFÉ CIRCE

La mosca tiene una gran capacidad de vuelo, puede girar, por ejemplo, alrededor del sombrero exótico de la diva con aretes de diamante que lleva un rato sentada y ha dejado derretir la nieve en el plato mientras aguarda. La mosca también espera, espera que la inquieta mano se aparte del platito. Arriesga un vuelo en picada hacia la mesa y se planta en el mantel, al lado de la cucharilla de plata; limpia sus alas, frota sus patas, estira la trompa y suelta baba. La impaciencia de la dama crece, pide que retiren el helado y traigan un café capuchino. Las maniobras del mesero han hecho que el insecto vuele otra vez por encima de la mesa; el díptero no extraña el postre que se han llevado: el café huele bien, rebosa espuma azucarada. La mujer toma la cucharita y lo prueba, mira de nuevo la puerta. La mosca aprovecha, desciende veloz, traza un rizo y una ese, se posa suavemente en la firmeza ilusoria de la espuma. La mujer se percata con disgusto, en vez de llamar al mesero, saca un cigarro del bolso, fuma y observa el pataleo del insecto, su agónico batir de alas. La escucha zumbar hasta que se hunde, naufraga en la canela en polvo. Entonces llega el caballero, ofrece disculpas por el retraso, la mujer le dice que él se lo ha estado perdiendo, que pruebe nada más qué delicioso capuchino.

NAUFRAGIOS

Los redondeados vientres de las dos hermanas marcaban el principio de otra historia, mas llegaron los centauros y la serpiente emplumada cambió de máscara.

Lejos parecía el tiempo en que, al elevarse la luna rojiza por encima de las copas de los árboles, las gemelas niñas mayas con guirnaldas de orquídeas, salían de la selva invocando a Kukulcán y se metían en la hamaca del hombre barbado. Entonces eran como las nubes que castigaban alguna falta involuntaria con la lluvia de otro cielo más profundo y cercano, húmedo en su tremor, terrible en su inocencia duplicada. El nivel de las aguas subía y las impúberes, ya rendidas por la doble entrega, dejaban al español abandonado a su naufragio, se alejaban flotando como un par de medusas. Lo mismo cada luna roja.

Fue entonces cuando llegó Cortés con sus caballos, y Gerónimo de Aguilar renunció a las niñas por ganar el prestigio de centauro. De Aguilar no existe sepulcro conocido; de las gemelas, se dice que en las noches de lluvia salen de la selva y llevan dos niños en brazos.

EL PERFIL DE LOS GUERREROS

Al amanecer, los trece bergantines bautizados en el río Zahuapan al fin descansaron en el puerto de los volcanes. Durante más de una semana, los tlaxcaltecas los habían estado llevando a costas. Xicohtécatl el Joven contempló con piedad los cuerpos cansados de los ocho mil guerreros de su pueblo, luego miró el espejo del lago de Texcoco; cerró los ojos y tuvo la visión de una muerte de obsidiana; recordó el pesado galope del barbado dios de hierro. Cortés vino a pararse a su lado y señaló la ciudad con la espada. El príncipe lo observó en silencio, lo vio sudar e inflar los carrillos y, cuando aquél se hubo retirado para continuar la marcha, Xicohtécatl se preguntó qué clase de dios era ése, tan semejante a él mismo, lleno de miedo y fatiga en la mirada.

LA ZAFRA

El cañero, a golpe de machete, le ha tumbado la casa. Se la ve librar los haces de caña, sube, baja; ora, se detiene, ora, marcha. Allá va con frenesí, desgredada, toda pelos y octetos de ojos y patas, rodillas rojas y panza abotagada; ya está casi a salvo, se ha detenido, observa por última vez el paisaje arrasado. Levanta dos patas, mueve los colmillos como si trajera la boca llena de briznas y tierra azucarada. Vuelve a caminar, esta vez sin prisa. En el borde del cañaveral se puede ver una larga línea zigzagueante, creciente oscura que morosamente va rompiendo en oleadas invasoras sobre el terreno colindante. Hordas calladas, miríadas de pelos y octetos de ojos y patas; despeinadas, se van perdiendo como peluquines rebeldes que el viento arrebatará.

Allá van. Terminó la zafra. Levantan dos patas: ¡Adiós, tarántulas! ¡Adiós!

HISTORIA DE UNA TAZA

Había una taza para café y chocolate siempre bienvenida, bien vivida y bien bebida. En una ocasión terminó con un borde desportillado. Temió por su destino: era una taza marcada. La pena por su condición fue aumentando hasta que llegó al café un lote de tazas *Made in China*, tan baratas que podían sustituirlas cada dos o tres meses. Padecían de fragilidad y llevaban en la cerámica la monstruosa historia de su fabricación en serie. Extranjera en su propio país, nuestra taza lucía diferente en la vitrina, bella en su áspero cuerpo vidriado frente al aparatoso brillo de las chinas. Un día toda la vajilla fue empacada en cajas rellenas de virutas. El local se llenó de polvo, estridencias de taladros y martillos. Varias semanas pasó la taza en la oscuridad sin saber si volvería a la luz. Hizo el recuento de sus días, de la mesa al fregadero, a la máquina del café, y otra vez a la mesa, las manos y los labios: la época feliz en que anduvo en boca de todos.

Cuando terminó la remodelación, la cafetería lucía paredes de azulejo, y ahí, en el azul y blanco de su cuerpo vidriado, la taza de talavera pudo reconocerse en la vajilla nueva, similar a ella, que circulaba de nuevo en las mesas. Ahora experimentaba un orgullo que no se explicaba del todo, pero resultaba reconfortante. A veces pensaba en las tazas chinas; las imaginaba en la oscuridad de una caja, rotas y asfixiadas por el aserrín.

HISTORIA DE BICHO

Una noche me encontré al “Rostro”. Se veía tan solo y frágil que me nació el deseo de partirle toda la cara, ahí mismo, en el callejón.

Era el niño perfecto: bueno para el deporte, para las matemáticas.... En la escuela cada mes salía su foto en el “cuadro de honor”. Cuando no estaba conversando con algún maestro o con el mismísimo director, lo veíamos en la cafetería rodeado de chicas.

Aprendí a odiarlo en silencio y a esperar el momento de la venganza: esa noche había llegado. Me paré en su camino, “Hola, bicho”, dijo. No le contesté: ya estaba calculando el lugar de la cara donde encajaría mis puños, imaginando el crujido sublime de su nariz. No alcancé a levantar ni un dedo: tras un rápido chisporroteo de cables, la lámpara del alumbrado se apagó, dejándonos en completa oscuridad. No recuerdo quién gritó primero, pero luego todo fue correr, escapar atropellándonos, dando tumbos en las paredes.

Al otro día, en la escuela, nos encontramos varias veces, ignorándonos, evitando la vergüenza de mirarnos a los ojos. Nunca le conté a nadie el incidente. Salimos de la primaria y nunca más supe del “Rostro”. Eso sí, cuando lo recuerdo sonrío, porque estoy seguro de que los alaridos como de niña fueron los de él.

El vagabundo llegó al festejo. Era la reunión de ex alumnos de la Licenciatura en Letras. “¿Y quién es éste?”, murmuraban, se miraban, vestidos de traje y corbata. Nadie lo detuvo cuando se dirigió al podio: estaba presente el director de la Facultad y algunos miembros de la Academia Nacional. Tras el asombro, callaron. La figura barbada, bárbara, del alumno expulsado, activó el altavoz y en baja voz comenzó:

—Ustedes, que se burlaron de mis cielos tan azules, de mis rosas tan rojas, reciban serenos mi tormenta de vocablos.

Entonces, como primera estrofa, una cadencia fría azotó las mesas con amargos vientos. Una vez agotada la hiel, irrumpieron a galope las onomatopeyas, causando una estridencia de trompetas vesperales y un temblor de estrellas binarias. Más de dos letrados terminaron despeinados. Aún así, decidieron dejarlo continuar para que después se largara. Y continuó:

—Ahora, madre Pandora, abre la caja calamitosa y arráncale a los impíos las palabras y las ropas, pártelos el corazón; retumba tus rayos, Zeus, exprímelos lágrimas miles, como si mil Ares similares furias desataren, desmembraran cuerpos, saltaran ojos de las cuencas y de los dedos uñas. Arrójalos, madre Pandora, a la justicia ecológica de las moscas.

Terminó el discurso, en silencio salió a la calle. Una vez afuera, tuvo que correr: a lo lejos se escuchaban los primeros cantos de las sirenas.

Hace dos años el Presidente vino a prometernos que el pueblo se convertiría en ciudad, un año después llegaron los ingenieros a trazar media docena de calles, y otra vez el Presidente a decirnos que ahora sí.

A los pocos meses se llenó de camionetas y más camionetas, camiones y más camiones con material. Todos tenían trabajo. Adoquinaron las calles, construyeron escuelas y negocios, muchos negocios. Para el campo hubo tractores, cosechadoras, semilla de primera calidad. Se pavimentaron más calles y se construyeron bodegas. Los comerciantes pronto tuvieron tráileres para mover la mercancía y, cosa maravillosa, un helipuerto. Nadie lo creía: todo era felicidad.

Una mañana llegó una caravana grande de pickups. El que bajó de la más bonita no se parecía al Presidente y lo acompañaban tantos escoltas tan bien armados que pensamos que tal vez sí, que era el nuevo Presidente. Se fue a meter a la alcaldía y nosotros a trabajar. Al otro día el señor Alcalde nos mostró los bultos de semilla que había que sembrar entre la milpa. Yo nomás la vi y supe lo que era. Me dieron ganas de chillar, pero la verdad que el pueblo ahora es ciudad, pequeña, pero bonita, aunque no tengamos permiso de salir, y haya que sembrar y cosechar, sembrar y cosechar.

MAGALI SOMBRA

Ahora nos entra el fastidio y las tardes se nos van en mirarnos las caras. Desde que la sombra se fue hay exceso de luz en casa y una ausencia insoportable. Antes había que andar a las vivas para no pisarla. Le gustaba deslizarse por las paredes, y no había problema; le agradaba sentarse en el sofá o aplanarse contra la alfombra, de modo que a veces la pisábamos o nos sentábamos en ella. Nos gustaba pasar las veladas de invierno, los tres frente a la chimenea, con chocolate y churros y una cobija en la espalda. No necesitábamos palabras. Al apagar las luces sentíamos que nada nos separaría. Magali y yo nos abrazábamos, y ella se extendía sobre nosotros, oscura, tibia como frazada.

La desaparición coincidió con los mareos de Magali, los vómitos y los estoy embarazada, luego fueron médicos, hospital y tejer chambras, comprar cuna y ropitas, pintar el cuarto para el bebé y ultrasonidos, más visitas, ocho meses —por la cesárea— y qué bonita la nena, ya nació Magali. Total que las dieron de alta y a la segunda semana de mal dormir en casa, entre cólicos y biberones, echamos de menos a la sombra. La esperamos un par de semanas, pero no regresó hasta después de aquello repentino con la niña. No tuvimos tiempo de llorarla. Estábamos conmocionados, el funeral y de nuevo las visitas, café en lugar de chocolates,

ropa negra y blanca, cajita con olanes para Magali chica, tan chiquita, no tuvimos tiempo, no tuvimos.

La noche del día del sepelio, Magali quiso prender la chimenea, hacía frío, nos servimos coñac, apagamos la luz, y sentados en la alfombra, la frazada nos fue calentando. Desde entonces la esperamos.

EN LAS SOMBRAS

Hace un rato terminé de clavar las tablas. El sol había jugado con mi sombra durante varias horas a medida que los martillazos hacían crecer, con clavos y maderos, la estructura del galpón. Ya terminaba el techo cuando Javier apareció.

—¡Otra vez papá! —gritó y se quedó esperando. Ésta vez no habría remedio. Apreté los dientes y el martillo; bajé por la escalera y, mientras lo hacía, me percaté de que la montaña había ocultado mi sombra con la suya, el sol coloreaba cielo y nubes de violeta—. ¡Date prisa! —chilló. No quise apresurarme porque el remedio estuvo en mis manos desde que mamá se fue y leímos su nota: “Ya no lo soporto. Volveré en cuanto tenga paz”. Habían pasado un par de meses: aún estaría ella buscando la tranquilidad.

—Ya voy —respondí después de escupir los clavos sobrantes. No hizo falta entrar a buscarlo.

—Muchachos —vociferó papá—: ¡¿Qué jodidos vamos a tragar mañana?! —

—Usted no se preocupe, lo tengo previsto —dije al acercarme. No batallé para meterlo al galpón. Arrastró los pies, pero no hubo forcejeo. Javier no lo creía; no habló hasta que papá estuvo dentro:

—Pero..., si no tiene cerradura, Justino. ¡¿No ves que no tiene cerradura...?! —gimoteó.

Levanté el martillo frente a sus ojos.

—Javier, no te cagues en los calzones, y pásame los clavos.

Dos maderos crucificaron la puerta. No hubo gritos. La oscuridad había cubierto el maizal cuando entramos a casa. Sentí el peso del martillo en mi mano. Había triunfado la sombra de papá.

¿Y ahora qué vas a hacer?, me dice Sara mientras busco más trapos, cobijas, cualquier cosa que absorba la sangre.

Me iré en cuanto deje limpio, le digo.

¿Y nosotros?, dice Sara, como si nada hubiese cambiado, como si ahora todo estuviera de nuestra parte, una luna de miel soñada, un paraíso. Y el cuerpo sigue sangrando en el piso.

Fue bueno conocerte, le digo.

Sara no me ayuda y la sangre comienza a empapar la madera. La alfombra me gustaba. Me llevaré ese libro para el viaje.

Al fin Sara se ha callado la boca.

—¿Lloras?—preguntó el niño. El murmullo de fondo suavizaba las palabras, los árboles se mecían brillantes contra un cielo bajo y plomizo.

—No, pero préstame tu pañuelo —contestó ella, fro-tándose los ojos; el delineado negro convertido en falso mo-retón. El pañuelo era rojo y estaba un poco tieso. Miró de nuevo al niño que ahora tenía el cabello más escurrido. Sus manos estaban quietas y no parecían tarántulas, ya no más.

—¿Quieres seguir caminando? —dijo el niño. Sus pa-labras se oían como saliendo de un disco viejo de acetato—. Ya no habrá más tarántulas, Gabi, lo prometo —insistió mi-rándose las manitas.

Una ráfaga de viento los alcanzó de frente. Temblaron. Sus ropas estaban pegadas al cuerpo como piel de reptil.

—No extrañaré al viejo —dijo Gabi de pronto, elevando apenas la voz sobre el rumor incesante de los árboles—. No me arrepiento —concluyó; y con los hombros erguidos, sin mirar hacia atrás, empezó a caminar más rápido.

—¡Gabi! —gritó el niño—. ¡Espérame, Gabi! —Echó a correr tras ella. Gabi también aceleró el paso. Dejaron de sentir frío en cuanto el lago estuvo a la vista y la extensa fila de árboles se iluminó con relámpagos. Rieron cuando los goterones y granizos atacaron sus cuerpos. El niño arrojó

la playera a un lado; Gabi los zapatos, la blusa. Un trueno cimbró la superficie del agua. Había muchos anillos concéntricos a su alrededor. Metidos hasta las rodillas en el lago, se abrazaron en silencio. Ésta vez lloraban por ellos mismos, no por papá.

EL GATO Y EL TORNILLO

El gato husmea debajo de la mesita de la sala. Te digo que no podemos seguir así, le digo a Celia que no quita su cara de encono, su agazapamiento en el sillón mirándome con odio. En el piso, el gato ha encontrado un tornillo y juega con él, es admirable cómo lo levanta con dos patas. Me voy a ir, dice Celia, tajante, la voz como un gruñido. Cuando el tornillo se aleja, el gato estira la pata, saca las uñas y lo alcanza. Celia, esto es como un tornillo, le digo. El gato se ha tumbado de lado sin dejar de mirarlo, suavemente lo toca, entrecierra los ojos, se queda quieto. Celia me mira extrañada, enfurecida. Al fin se levanta a hacer su maleta. Al rato escucho que maldice al marcharse azotando la puerta. El gato y el tornillo son uno: llenan de vida la estancia.

VIAJES

El capitán dio la orden. Levaron anclas sin dejar de mirar las cadenas chorreantes, largos trozos de algas lagrimeaban enredados en los eslabones. La tripulación tenía prohibido despedirse. *El Golondrina* ondeó majestuoso sus velas, y contoneándose zarpó cuando empezaba la lluvia.

El viejo capitán agitó su pañuelo empapado y luego se alejó tierra adentro, arrastrando los pies cansados en los sucios tablones del muelle.

REVÓLVER

Guardo en el horno de la estufa un revólver invisible. Rebeca dice para qué haces eso, el que tiene un arma acabará por utilizarla, como el jardinero a la regadera o la pala. En realidad no sé por qué lo tengo, cómo llegó a mí, lo cierto es que es invisible y sólo al tenerlo en las manos sé que no se ha ido. Alguna venganza lo habrá puesto en mi camino. Por ahora su oficio es estar en silencio, ajeno al estruendo que las balas le pueden poner en la garganta; me gusta que sea ligero porque no cuesta trabajo maniobrarlo. Ya estás otra vez con eso, me dice Rebeca cuando lo saco del horno y lo pongo sobre la mesa para sólo mirarlo. No está cargado, le respondo, y además no tengo balas: aún no sé en dónde se consiguen. A veces creo que es cosa de voluntad, de poder de imaginación para hacerme de municiones. Algún día me será de utilidad, lo sé. No me importa que Rebeca se queje, cada noche lo tengo en mis manos y sé que es un buen revólver. Mañana lo voy a sacar de la estufa para poder hornear un pollo. A Rebeca aún la quiero mucho. Me da curiosidad lo de las balas.

CABALLERÍAS

En mitad de la peor tormenta de nieve salió de su choza temblando de frío.

En el primer nivel venció a los guardianes y ganó escudo y armadura.

En el segundo obtuvo la lealtad de un escudero y la espada de neutrinos.

En el tercero, partió por el medio al gigante lanza-misiles-crucero.

Y al final, con el Dragón Fotónico humillado ante la celda de la princesa y con varias vidas de repuesto, el sin par caballero se miró a sí mismo: en un brazo la doncella y en el otro la espada justiciera. El resto vino en cascada. Oprimió el botón de pausa, contestó el celular y le dijo al jefe que ya estaba mejor, que hoy sí iría. Su esposa refunfuñó que apagara “eso”, él no la tomó en cuenta, y por si acaso, salvó la aventura en el disco duro. Se vistió para el trabajo, tomó el portafolio y las llaves del auto.

En el primer semáforo encendió la calefacción: era una mañana de lunes verdaderamente fría.

AVENTURAS DE UN CAPTURISTA

Desde la cumbre de sus ojos oteó la monótona pradera de computadoras prendidas y las cabezas apagadas de los demás capturistas. En respuesta al viril antojo de un cigarro, Búfalo Bill miró la salida y se dejó crecer un poco más la barba. Las lámparas de neón parpadearon y entonces avanzó por el pasillo de la caballeriza. Los caballos piafaron inquietos al sonido de las espuelas. En el umbral estaba sentado el comisario con el rifle en las rodillas. “Ahora vuelvo, voy por cigarros”, le dijo sin voltear a verlo. Abrió la puerta y atravesó la calle corriendo entre autos enfurecidos. “Malditos búfalos”, pensó al llegar a salvo al otro lado.

DÍAS DE GUERRA

A diario la podíamos ver llorando en la Sala de Emergencias del Hospital, siempre reconfortando a los heridos. No le daba asco ni temor ver los cuerpos sangrantes que entraban uno tras otro. Siempre procuraba estar ahí para un abrazo, para angustiarse y apretar manos convulsas. Los médicos nos hacíamos de la vista gorda, porque no estorbaba con su cuerpo esmirriado.

No sabíamos quién era, nadie le habló nunca: estábamos tan ocupados intentando salvar vidas que cuando le tocó a ella, pocos reconocimos el rostro enjuto, su cuerpo maltrecho por el bombardeo. Me acerqué y le di la mano, ya no había nada que hacer. —Yo me quedo con ella —me dijo una mujer muy parecida a la moribunda—. Usted vaya a salvar a alguien.

—¿La conoce? —pregunté.

—Sí —dijo con tristeza—. Es mi hermana, pero está loca. Días después acabó la guerra.

LOS APRENDICES

El telón se levantó y el cono de luz anunció el comienzo. Lo vi agitar sin gracia piernas y manos, mover cabeza y boca como si no fueran suyas. Daba saltitos imposibles y por momentos flotaba sin importarle que los brazos colgaran olvidados de las piernas, ajenos a la testa impávida que giraba sin control. Tan pronto como una mano revivía para dibujar un perfecto círculo en el vacío, su cuerpo entero devenía cadáver.

—Eso es todo —interrumpí—. Aún te falta mucha práctica.

Me miró desconsolado. Dos veces, rascándose la cabeza con pericia, castigando con cachetadas breves y nerviosas las mejillas, estuvo a punto de poner en duda mi dictamen. El jovenzuelo chasqueó la boca y le entregó la marioneta al sorprendido discípulo siguiente.

POLAR

La fila para entrar al banco salía del edificio y se extendía bajo el sol quemante en la plaza. Tomé mi turno, ocupé el último lugar y levanté al cielo una mirada de resignación.

Respiré profundo y aparecieron de la nada nubes de tormenta. Llevaba esperando más de media hora. El viento, de súbito helado, impactó los copos de nieve contra los rostros temerosos en la fila: ya oscurecía, pronto rondarían los osos reclamando su parte en la distribución de la ballena. Instintivamente llevé mi mano a un costado, apreté el cuchillo por la empuñadura y me sentí seguro. Un minuto después, el ladrido de los perros anunció el ataque: una mole de garras y pelos cayó sobre mí, en un segundo sentí una pierna entre las fauces y que la bestia me arrastraba, empuñé el cuchillo y asesté un primer golpe, el oso me soltó y arremetió con furia contra mi cabeza, sus colmillos se hundieron en mi nuca, pero supe que no había llegado mi fin, pues la señora de atrás me urgía: “Señor, su turno”.

LA IMAGINACIÓN

Unos cuantos de tus cabellos me bastaron para fundar el pueblo, de tus pasos sobre el polvo nacía una persona por cada huella, les diste un cuerpo para que pudieran beber agua y morder los frutos del árbol frondoso que siempre estuvo en el centro de la plaza. De tus tristezas, hechicera callada, surgió al pie de la cuesta un arroyo que llegando al pueblo, ya era río. Después debiste sonreír, el agua se llenó de peces, el aire de libélulas y pájaros. Tú seguías silenciosa mientras la gente construía casas.

Yo miraba mis manos estériles y las comparaba con el movimiento suave de las tuyas: un color, un brillo, aún los sonidos, habitaban entre tus delicados dedos y de ahí la realidad los iba tomando. Ya el pueblo contaba con lo necesario, por eso en cuanto de tus labios escapó un leve soplo, hombres y mujeres de papel quedaron libres: comenzaron a cumplir sus destinos escritos, cada cual a su manera.

También podías anclar en el enojo y el resultado sería el Mal, germinando como una ortiga en el pecho de los pobladores. Eso no disculpa los primeros muertos que aparecieron, no. Yo miraba confundido los cadáveres y tú callabas, no tenías explicación valedera. Los funerales se cumplían con rosas blancas en los catafalcos. Y, sin embargo, no me arrepentí.

En cambio me paseé por las calles del pueblo y por primera vez vi niños; también ellos cumplían rituales en tu honra, pensando que jugaban. A nadie le extrañaron los barquitos de papel en la fuente, los pasteles de lodo, los bichos atrapados en frascos y el correteo detrás de las palomas. Me senté a tu lado y te tomé de la mano. Indagando en tus pensamientos, acaso devendría profeta, pero sólo sentí alegría, y comprendí tu obstinado silencio.

MANUSCRITO EN UNA BOTELLA

Llámenme Perico, no es bonito por ser mote, pero resulta efectivo. Paso al relato: de la sirena consignada en la bitácora del *Golondrina*, es seguro que estuvo callada, al menos mientras no alcanzamos la Gran Canaria, sitio donde el inspector sanitario del puerto confirmó que la criatura estaba buena, que no se explicaba el mutismo con que navegaba y que, por otro lado, podría resistir el viaje hasta las costas de México. De ahí al acuario de San Juan, quince a veinte días a lomo de burro, preservada con mantas empapadas en salmuera. Pero el viento le faltó a las velas y el *Golondrina* estuvo una semana contemplándose en el espejo impávido del Atlántico. La tripulación se entretuvo cantando el romancero. En la sentina del barco la pareja de arpías elevaba maldiciones al capitán y al cielo. La sirena, en consecuencia, rompió en cantos, noche y día, hasta que clavos y juntas fueron cediendo e hicimos agua; encima, vino una tormenta de los mil diablos. Por fortuna llegamos a esta isla, sepulté los cadáveres abotagados de las arpías; la tripulación ya estaría engordando tiburones.

Y aquí estamos, el uno para el otro, náufragos peregrinos: ella a la espera de que vengan más hombres a rescatarnos; yo, soportando su canto, sus veleidades de sirena varada un poco entrada en años. ¡Increíble cómo pierde escamas!

RANAS

Jueves. Mis ranas saltan y son verdes con rayas negras, la panza blanca. Comen moscas que les pongo en el frasco y a veces dejan flotando las alas. Cuando el agua lleva muchos días huele a caca y mamá dice “¡Qué asco, cámbiales el agua!, o cuando regreses de la escuela las vas encontrar en la basura”, amenazando. Yo atrapé a mis ranas en el estanque donde papá me llevaba a tirar piedras. Ahora el estanque se secó y papá está muerto. Mamá dice que ya no quiere bichos, pero mis ranas no son bichos y me gusta verles los ojos cuando comen. Son bonitas, pero mamá no las quiere, a veces llora y tira de sus canas y yo escondo a mis ranas bajo la cama.

Hoy es sábado, no hay escuela, mamá no se levanta. La enciclopedia dice que las ranas son anfibios, que antes fueron huevos y luego renacuajos, que en Centroamérica hay unas pequeñitas, muy venenosas; éstas no, son ranitas de San Antonio. Anoche croaron de lo lindo y mamá me gritó ¡basta ya! Después vino a mi cuarto, llorando. Yo le dije toma, te las regalo y le di el frasco. Eso fue anoche, las ranas cantaron hasta que me dormí.

Domingo. Ya salió el sol y oigo que cantan en la recámara de mamá, pero ella no se levanta. Entro de puntitas al cuarto. En el buró está el frasco destapado. Mamá mira al

techo, lo mira, lo sigue mirando. Las ranas están en el piso, han de tener hambre. Las meto al frasco, les echo moscas.

Ya es lunes, mamá no se levanta. Hoy no voy a la escuela.

ENTROPÍA

Con la varita va trazando un surco en la tierra, y el líquido obediente a la ruta que el niño le marca, sigue el canal, oscureciendo de humedad el terreno como una víbora de agua. Ahora el sudor le escurre por el cuello, pero no desiste, a unos pocos metros está el final del trazado, el frente de la casa. La madre casi ha terminado de cocinar, mientras en la habitación de arriba el padre reposa en cama. El agua que viene siguiendo al niño, al fin forma un charco frente a la puerta. Es muy probable que la madre se moje los pies al salir a llamar al niño para la comida, también es factible que aplaste el barquito de papel con el que el niño juega. ¡Hora de comer!, dice ella al abrir la puerta, pisar el barco, mojarse el pie, gritarle al niño y mandarlo a ver qué hace su padre, que ya baje, y el niño quiebra la varita, sube a tiempo para alcanzar a ver burbujear la espuma en la boca de su padre que ya está quieto, fulminado por un ataque.

NAUFRAGIO PARA HOJARASCA Y PALOMA MUERTA

Allá en las ramas de los fresnos las hojas se frotan al vuelo del cierzo de finales de diciembre. El quiosco está silencioso, cercado por la hojarasca pareciera hundirse lentamente entre las hojas. Un tapete movedizo se agita en el piso del parque, se acumula, seco, bajo las bancas de hierro.

Bajan por docenas, blancas, grises, pintas, a dar de picotazos en las baldosas. Hay un bullicio de zureos, cabezas que suben, que bajan, picos que limpian el suelo. Terminan las semillas, mueven a espasmos nerviosos las cabezas; los atónitos ojos naranjas, rojos, amarillos, afinan la pupila en busca de un puñado más de alimento.

Un estruendo de zapatos y gritería de niños elevan a su paso olas de alas y de polvo, dejan tras de sí una conmoción de risas y más gritos.

El niño más pequeño está de rodillas, inclinado frente a un palomo de pecho irisado que tiene extendida el ala rota, los párpados mal cubren la pupila que ya se va opacando. El pequeño levanta el cuerpecillo, lo agita y le dice “shu, paloma, shu”, mas no hay movimiento sino de cuello roto. Plumas como hojas de árbol se despeinan en las alas del ave inmóvil. Olas de hojarasca rompen contra el quiosco, lo cubren, el parque naufraga, no hay más nada, hojas secas, nada de nada.

HAZ LO QUE VIERES

Mis náuseas aumentaron con el segundo vistazo al trasto rojo en el que bullían blancas larvas rechonchas y grasientas.

—¡Órale, anímese Ingeniero! —repitió Santos Mendoza acariciándose el mostacho.

Con horror me percaté de que, a falta de música —pues los integrantes de la banda del municipio ya estaban a la mesa—, los campesinos centraban su atención en mis palabras.

—Pero deme algo de beber, Santos, traigo la garganta resentida por los chapulines y el mezcal de San Felipe.

—Uy, con razón, ingeniero: los de San Jelipe son malos pa' la bebida, producen pura lija. ¡Ande, ande! Mire na más qué bonitos —insistió, acercando el tazón rebosante de gusanos. Mi repugnancia fue tal que desvié la mirada hacia los rostros duros y morenos que vigilaban cual esfinges desde el otro lado de la mesa. Sin pensarlo tomé un puñado de larvas y me lo eché a la boca; entrañas tibias y cabezas crocantes bajaron como pudín por mi garganta. Santos me alcanzó una jícara de pulque, los pueblerinos aplaudieron y divertidos gritaron: “¡Viva el ingeniero constructor de presas!”. Afuera estallaron cohetones y repicaron las campanas.

—¿Sabrosos, ingeniero? —preguntó Santos, alegre.

—Un manjar —respondí por librarme de ignotas represalias pueblerinas. Ya envalentonado dije—: Páseme otros gusanitos.

—Cómo no, ingeniero, pero se aguanta a que los frían porque así es como se comen aquí en San Juanito.

VENTANAS

Un día llegaron en helicóptero los ingenieros y repartieron despensas, levantaron un poste con antenas y una cámara, nos construyeron el aula para la computadora y nos enseñaron a usarla, nos conectaron, tecleamos y dimos clic con el “maus” en la dirección que nos dijeron, navegamos y en la pantalla apareció el pueblo, los que se dieron cuenta se quitaron el sombrero y salieron a saludar a la cámara y los vimos en la pantalla agitando las manos. Los ingenieros dieron clic y vimos otro pueblo, no de aquí, porque aquí no somos tantos ni tan prietos y vimos que un grupo de mujeres encueradas agitaban manos y tetas al aire mientras niños negritos hacían muecas, les vimos los dientes, lo blanco de los ojos y sus barrigas infladas. Los ingenieros dijeron: “los están viendo” y todos nos quitamos el sombrero, las mujeres se pusieron al tiro porque las negritas nos regalaban las mazorcas de sus risas, y risa y risa mientras comenzaba el cielo a ponerse negro hasta que izaz, el rayo!, y se nos fue la luz; nos quedamos mirando al aire donde la oscuridad estaba royéndonos las caras. Las mujeres trajeron cirios y veladoras; nos dieron de cenar frijoles y tortillas, los ingenieros se fueron al otro día y ya no volvieron como volvió la luz a los tres días, a tiempito para ver en la tele gritar: ¡Viva México! De ai pa’cá es la fecha que en el pueblo nunca pasa nada.

SICARIO

1

Sentado en el parque, contemplando el chorro de agua de la fuente, tuvo la idea de que al ver caer una hoja del árbol que tenía enfrente, moriría. Podría ser un disparo o el filo de una navaja en la mano de alguien que pasara corriendo. Por el momento el viento era suave y las ramas del árbol apenas se mecían, las hojas bien sujetas. No había peligro.

2

De pronto recordó el mar, la lluvia en el mar, ese rumor en la superficie que lo hacía imaginar el transcurrir silencioso de los peces, el vaivén mudo de las algas como abanicos.

3

Y entonces los peces, las algas, el vaivén, la hoja del árbol que ya ha caído: la paz, la sangre en el piso, las ráfagas de viento que hacen llover más hojas, la hojarasca que lo cubre, y el sol tejiendo una mortaja moviente de sombras sobre el cuerpo.

A PRIMERA VISTA

La chica estaba sentada en una banca, detrás de sus gafas oscuras, la cabeza vuelta hacia nuestra mesa; quieta, como si al moverse nos fuera a perder, como si nos inventara y fuésemos a desaparecer si se volvía. La estuvimos mirando, respetuosos pero alertas.

—Creo que te mira —dijo Manuel y los otros sonrieron al ver el ardor molesto en mi cara. Esta vez no se burlarían. Me quedé viéndola, sosteniendo con trabajo su mirada.

—No te atreves —sentenciaron, burlones, y volvieron las risitas. “Ahora verán”, pensé. Atravesé la calle y fui directo a la muchacha. Me paré a unos metros, seguro de que nada me detendría, preparado para contarle un cuento, pedirle la hora, o para decirle la verdad: las burlas de los otros por mi timidez y lo mucho que le agradecería si me dejara sentarme a su lado, aunque sólo fuera para que ellos creyeran que lo había logrado.

—Hola —dije—. Allá enfrente hay unos que nos observan, esperan que te hable para felicitarme, o que me mandes al diablo y se pasen el resto de la tarde riéndose de mí. Supusieron que me veías, no me dejaron de otra, ya ves cómo son los amigos. Por eso vine.

Inclinó la cabeza hacia mí, radiante, bellísima. —Me llevas a dar una vuelta —dijo, ofreciendo una mano. Le

miré el vestido, la fina nariz, los dientes parejos y brillantes. Entonces se quitó las gafas por un momento y pude ver que sus ojos estaban ligeramente hundidos en las cuencas, fijos en un punto. No quise voltear hacia la mesa, preferí imaginar las caras de asombrada estupidez, las idioteces que estarían pensando.

HISTORIA DE RENATO

Al amanecer lo encontraron boca abajo, a un lado del kiosco con los brazos abiertos, inmóvil y desnudo. Enterado, mi jefe me dio datos y la tarea de escribir la nota para “El Vespertino”. De camino repasé los hechos.

Llegó ayer. Estuvo en el templo durante poco más de una hora, salió saludando, estrechando manos, palmeando la sorprendida espalda de todo ciudadano al alcance, bajó alegre el empedrado, toqueteando paredes y ventanas. En el centro, siguió con los arcos de los portales, abrazó árboles; acariciaba todo, como si al palpar morosamente los objetos, duros o blandos, suaves o ásperos, los creara. Algún testigo lo vio encaramado en las estatuas del parque. Se miraba regocijado las manos ennegrecidas, como un niño; las metía en las fuentes para calmar el ardor en palmas y dedos, o para reinventar la sensación fresca y resbaladiza perdida por los adultos, conservada por los niños.

Llegué a la plaza, lo tenían cubierto con una sábana. Busqué entre la ropa que estaba a un lado. Una identificación lo bautizó Renato. Puse mi mano en su cuello: aún tenía pulso. Llamé a una ambulancia y se lo llevaron.

Estuve un rato mirando a mi alrededor: la ciudad parecía renovada en su vejez; reinventada en su persistencia. Fui a escribir la nota y al atardecer regresé al parque. En

la fuente, esperé a que nadie me viera, acaricié la piedra y sumergí despacio un dedo en el agua.

ATARDECERES

Minutos antes del anochecer la gente mira al horizonte: ya se va cayendo el sol detrás de los volcanes, ensabanándose de violetas y anaranjados entre nubes. Hay que apurarse: ir por el pan y la leche, sacar al perro, guardar el auto en la cochera, ver que no queden niños en el parque, ni abuelitos en las bancas. Por la calle veloces pasan los barrenderos, arreando rebaños de borreguitos marrones: hojas secas con que alfombran la plaza los altísimos fresnos. Languidecen los chorros de las fuentes y el agua se va aletargando en su cautiverio de piedra. Ya no hay zapatos en las aceras. Cuervos y palomas se han ido acallando en lo alto de los árboles. Entonces escucho el roce de la arenilla que mueve el viento, aguardo un momento antes de entrar a casa. Veo venir hacia mí a uno que se le hizo tarde, pasa a mi lado con esa cara horrible detrás de los ojos. “¿Quiere entrar aquí?”, le digo, pero no responde, aumenta la velocidad, corre, despliega las alas y vuela. Gira en redondo: ¡ya viene! Cierro de un portazo. Prometo no hablarles de nuevo.

NADIE

El toque de queda nos tomó por sorpresa en La Flor, con los güisquis a medias y los cigarrillos en las muescas de los ceniceros. La sirena propaló un gemido lánguido que debió escucharse en todo San Juan, estremeciendo las vidrieras y las botellas del bar.

Nadie había tomado en serio la advertencia. Prueba de ello era que, incluso Fernán, nuestro detective-poeta, llevaba rato en la barra bebiendo desaprensivamente agua mineral y fumando *Luckies*, quizás elucubrando la solución de su caso en turno.

Nos miramos con los vasos detenidos a mitad del viaje a la boca. La sirena se fue apagando y afuera la oscuridad sólo era superada por la magnitud sobrecogedora del silencio. Sólo en La Flor había luz.

Nadie se había movido de su lugar cuando escuchamos las botas en la calle, a paso veloz, acercándose hasta la entrada donde se detuvieron. Pasaron segundos, que nos parecieron minutos, antes de los golpes rabiosos en la puerta. Nadie se movió. Fernán torció la boca en la barra y sacó otro *Lucky* con el gesto de quien oficia misa, le dio unos golpecitos contra la uña del pulgar y lo encendió sin prisa.

—Si quieren yo abro —dijo con fastidio; nosotros con un rictus de miedo, algunos quizás con la entrepierna mojada.

Afuera ya no se oía nada al momento que Fernán abrió. Lo vimos salir, alejarse, meterse en la oscuridad sin volver la mirada. Nadie cerraba la puerta.

EL TREINTA Y SIETE

Seguíamos con renovado entusiasmo cada uno de sus casos. Nos reuníamos en La Flor a beber, a intercambiar impresiones sobre éste o aquel otro detalle macabro del último homicidio, de la pista que sólo él supo ver. Nos turnábamos para anotar en la pizarra el nuevo dato y actualizar la estadística a un lado de su foto. Él no compartía nuestra afición, y cuando llegaba a beber su agua mineral, volvíamos a lo nuestro, a rumiar en silencio cada cual con el “qué habrá mañana que nos saque del hastío”.

Se sentaba siempre en la esquina de la barra, no molestaba a nadie. Fumaba sus Lucky y bebía con parsimonia. En una libreta hacía anotaciones, nosotros lo mirábamos con callada admiración: esa forma de usar los zapatos, su gabardina tan vieja y elegante, lo bien que le quedaba el bigote cano amarilleado por el tabaco. El mejor Detective, sin duda, en toda la Historia de San Juan, como constaba en los Anales del Archivo que daban cuenta de sus antecesores. Él era el 37. Quizás no lo sabía, quizás no le importaba.

Al marcharse de La Flor, se paraba un momento frente a la pizarra, rodeado de nuestro silencio reverencial, meneaba la cabeza y salía a la noche arrastrando un poco la pierna derecha. Volvíamos entonces a hablar, al principio con cautela, luego abiertamente, sin decirnos que en el fon-

do guardábamos la esperanza de que él fuera también un coleccionista, como nosotros.

INUNDACIÓN

Habían dicho los meteorólogos: “vienen días de lluvia, si llueve, lloverá como nunca antes, se esperan grandes inundaciones”. Y entonces llovió y llovió, noche y día sobre San Juan. No hubo Noé, ni arcas para los animales: no era para tanto. Con el paso de los días la lluvia lo llenó todo; animales y sanjuaninos nos adaptamos.

Vinieron expertos venecianos a instruirnos en los pequeños detalles que harían la diferencia entre una ciudad inundada y un paraíso turístico que a todos los ciudadanos nos traería prosperidad. Se organizó una brigada italiana para visitar una a una todas las casas de los pobladores... Ya llegaría nuestro turno.

Apenas comenzábamos a darnos cuenta de las cosas que extrañaríamos. Recordé las hermosas fuentes, ahora inútiles, sepultadas bajo el agua; recordé el rumor de la hojarasca arremolinada por el viento entre las bancas, el crujido leve al pisarlas.

Flor del Carmen no había esperado la asesoría italiana: servía en vasos de plástico que llegaban flotando a nuestros lugares remolcados por un velerito a control remoto.

Y sigue lloviendo, todos los días, sin parar. Aprendimos a circular en botes por toda la casa, a remar para tomar la cena; a remar para ir a la cama en la planta alta. Nos

arrulla el murmullo de la lluvia sobre el tejado. Esperamos que algún día toque a nuestra puerta la góndola de mercados venecianos.

LAS CAMPANAS DE SAN JUAN

1

Pongo la oreja contra la pared y escucho a las mujeres murmurar con sus cascadas, viejas voces agobiadas por años de estar haciendo lo mismo, a la misma hora, tercas y puntuales. A veces alcanzan un tono familiar y se dejan reconocer algunas palabras entre los balbuceos; apagadas risas entre chasquidos de bocas huérfanas de dientes. Y a partir de los sonidos es fácil imaginar la sala oscurecida por gruesas cortinas de terciopelo, la alfombra polvorienta, deshilachada, de un color indefinible, sobre la cual un par de mecedoras alojan a las vecinas (hermanas, primas o simples compañeras de vejez). Escucho el tintineo de las cucharitas en las tazas y la música lánguida y crepitante de un tocadiscos de acetato.

2

Me sobresaltan los golpes en la puerta de al lado, los gritos, platos o vasos rompiéndose contra piso y paredes. Comienzan los sollozos, y estoy a punto de marcarle a la policía, pero las carcajadas me detienen. Suenan tan jóvenes, tan despreocupadas que aprieto más mi cabeza contra el muro: el silencio me deja oír el suave retintín del vidrio, el choque de los vasos, el rechinado apacible de las mecedoras. Me

arrimo a la pared. Comienza a clarear. Reconozco los primeros cantos de los pájaros. Parado en mitad de mi cuarto vacío, siento el tañido espaciado de las campanas de San Juan, las vibraciones que cruzan la plaza y me llevan ligero a través de la ventana rota.

EL ARMARIO

La única vela que les quedaba se consumía más allá de la mitad. La tormenta los había dejado atrapados en la cabaña. Afuera los pinos silbaban al compás del viento y la llovizna porfiaba en el techo de madera. No tenían el consuelo de la luna y ninguno sentía el impulso de hablar. Por tercera vez levantaron la vista y descubrieron en sus ojos la cobardía repetida, no se trataba de hacerle al héroe en semejante situación. Se miraron sin rencor, sin reproches, hermanados en la firme decisión de no abrir el armario por ningún motivo.

Era muy tarde cuando uno de ellos logró apartarse de la enfermiza contemplación de la puerta. Se puso en pie, los otros dos contuvieron el aliento, aterrados por un segundo antes que dijera: “Será mejor preparar café”. Tomaron el brebaje frío y sin azúcar, a grandes sorbos. La azucarera había quedado en el armario y la vela comenzaba a parpadear.

MILAGRO PARA DOS CABEZAS

Descubrí en el fondo de la fuente una hoja muerta; era como la sombra del sentimiento que buscamos en los pueblos que nos reciben. Dolorida caravana de saltimbanquis, polvorientos y palurdos, siempre estamos atentos al murmullo de la hojarasca.

Tenías esa manera de reprimir un grito cada vez que una hoja crujía bajo tu pie o el mío. No era extraño pensar que contigo era divertido patear latas de refresco o conversar con el necio del pueblo acerca de las maravillas que se encuentran en los botes de basura. La pasábamos mirando todo, ¿recuerdas?, sentados en las bancas de hierro que tanto nos magullaban las nalgas. A veces, sin avisarte, dejaba en tu mano un diente de león para ver cómo soplabas las semillas y sonreías. Lo mismo de pueblo en pueblo, tanto y tanto tiempo...

Hasta que un día, me hiciste ver en el interior de un árbol caído los muchos hongos que crecían como uno solo, como abanicos, y luego lloraste toda la tarde, y nos pusimos tan tristes que nos negamos a continuar nuestras vidas duplicadas y trashumantes.

No importó que nos extrañaran el Hombre Fuerte y la Mujer Barbuda; no importó que el Director nos ofreciera el doble de salario. Estábamos cansados, y nos quedamos

porque, cuando uno de los dos muera, se llevará al otro y terminará el verdadero milagro. Mientras tanto, me gusta pisar hojas secas con tus pies, que son los míos.



Se terminó de imprimir
el mes de diciembre de 2016
en Impretlax S.A. de C.V.
impretlax@prodigy.net.mx

Vivimos tiempos frenéticos, ágiles, las cosas suceden y pasan de manera rápida, casi no hay espacio para la reflexión, los momentos de calma y tranquilidad cada vez se escamotean más para nuestro atribulado deambular terrenal. Los medios audiovisuales y cibernéticos son preferidos por amplios sectores sociales, sobre todo por los jóvenes; su poder de influencia es innegable, su preponderancia no se escatima y su estrategia ilusoria informativa pareciera irrefrenable.

En este panorama la brevedad literaria ha reclamado su presencia y reconocimiento, tanto en la arena creativa como en el foro de la crítica especializada. La brevedad textual pareciera estar acorde con los escenarios vertiginosos de la posmodernidad. Las formas escriturales electrónicas actuales nos demandan concreción sintáctica, oportunidad informativa, dinamismo expresivo y lúdico en gran medida; escritura e imagen visual se combinan para generar los mensajes comunicativos propios de la época. La vida es breve y pasa rápido. En este marco, la ficción escritural minimalista ha encontrado su zona de reto y de continuo cambio. A lo largo del siglo XX las narraciones literarias breves, parcas, concisas -no exentas en muchos casos de simbolismo y fuerte composición metafórica- han recibido variedad de nominaciones: cuento breve, cuento corto, cuento brevísimo, minicuento, narración breve, aforismo, viñeta, metaficción, minificción, microrrelato y... nos podemos quedar cortos.

Joel Dávila Gutiérrez



TLAXCALA
GOBIERNO DEL ESTADO
2011 - 2016



**Desarrollo
para Todos**
UNA NUEVA REALIDAD

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

